



bían creído muerto, se habían apoderado de sus bienes, y todos aquellos habían fallecido hacia mucho tiempo. Nadie lo conocía en su país, y à nadie conocía él. Soledad tan espantosa, y la miseria á que se encontró reducido, no tardaron en hacer que echara ménos su cautiverio, por lo cual solicitó y obtuvo el *favor* de volver à su prision; pero no se le dió cuarto, y durante catorce años pasó el día en el patio principal, hiciera buen ó mal tiempo, y la noche en el segundo cuerpo de guardia, donde á veces le permitían los soldados acostarse en la cama de campaña.

Noventa años tenia Armet cuando lo pasaron á Charenton, donde murió poco despues.

Durante los últimos años del reinado de Luis XIV, Mad. de Maintenon cuidó con el mayor empeño de proveer de gente á la Bastilla. A esa hipócrita cortesana debió el duque de Richelieu, entónces duque de Fronsac, su primera residencia en la fortaleza. El duque contaba apénas diez y seis años, y su crimen era grave: se habia visto á una princesa de la sangre, á la duquesa de Borgoña, que lo amaba, darle un beso miéntras dormía en un sillón; y en castigo de ese atentado se le habia obligado á casarse con la señorita de Noailles. La pena hubiera parecido suave á cualquier otro, en razon de que la novia era jóven y bonita; pero Richelieu queria vengarse de la violencia con que se le habia tratado, é inmediatamente despues de la bendicion nupcial, se fué á una de sus tierras, dejando á la recién casada con los que habian asistido á la ceremonia. La linda duquesa corrió llorando á lágrima viva á quejarse con Mad. de Maintenon de la ofensa hecha á sus atractivos; y el negocio se llevó á conocimiento del rey. Enviase á Fronsac orden de regresar al domicilio conyugal; vuelve en efecto el testarudo jóven, pero se encierra en su aposento, en el que se niega à recibir á su muger. Nuevas quejas á la Maintenon: nuevo recurso á la autoridad del rey, que manda llamar al culpable marido.

—Caballero,—le dijo Luis XIV,—espero que me revelaréis la causa del ultrage que habeis hecho á la familia Noailles, en la persona de la señora duquesa vuestra esposa.

—Puedo afirmar á V. M. que siempre he profesado á los Noailles la mas cordial estimacion; y en cuanto á la duquesa mi muger, no comprendo qué motivo de queja tenga contra mí, porque no he vuelto à verla para nada desde que nos casamos.

—En eso cabalmente consiste vuestra falta. La duquesa es seductora.

—Verdad: no le haceis mas que justicia.

—Se asegura que es apacible, de talento.

—Sobra razon para asegurarlo.

—Sé con evidencia que os ama mucho.

—Tal aseveracion me lisongea en extremo.

—Pues entónces, por qué? . . .



Aquí advirtió el rey que suscitaba una cuestión escabrosa: se detuvo, y el travieso duque no pudo ménos de sonreirse.

—Bastante os conocemos,—repuso Luis XIV,—y demasiado bien recordamos ciertas circunstancias, para no abrigar la convicción de que estais al alcance de todos los deberes que impone el matrimonio.

—Creo sin vanidad, señor, que es fundada esa convicción de V. M.

El rey no sabía ya que decir; y para salir del paso, adoptó el partido de montar en cólera.

—Es decir, señor duque,—esclamó,—que os atreveis á burlaros de mí?

—Ah! señor, líbreme Dios de dejar nunca de profesar el mayor respeto á V. M.: preferiría morir mil veces á tener esa desgracia, ó mas bien cometer ese crimen.

—Sí, sí, os burlais de mí y me desobedeceis, no tratando á la señora duquesa como un marido debe tratar á su muger. Pues bien: una vez que la soledad os agrada tanto, se os dará gusto completo, y esta noche dormiréis en la Bastilla.

Fronsac se inclinó respetuosamente, y salió á una seña del rey, que cumplió su palabra; de suerte que pocas horas despues era llevado el duque á la Bastilla, y encerrado en el primer piso de la torre Bertaudière.

Todo esto empero en nada cambiaba la posición de la jóven duquesa, que volvió á ver, mas afligida que ántes, á Mad. de Maintenon, la cual prometió hablar con el rey; y en efecto, el viejo pecador y la vieja pecadora se ocuparon seriamente de este grave asunto. Tras de un maduro escámen, se decidió dejar al duque en la Bastilla algunos dias, y tratarlo con severidad para ablandarlo, enviándole luego á su muger para que se presentara como su libertadora, anunciándole que habia obtenido del monarca la órden de ponerlo en libertad el siguiente dia, y el permiso de pasar á su lado aquellas últimas horas de fastidio.

Este plan tan bien concebido se comunicó á la jóven duquesa, que le dió toda su aprobacion, aunque sonrojándose algo.

Fronsac entretanto se fastidiaba horribilmente, en razon de que le habian prohibido el paseo, negádole libros y no consentídole siquiera que tuviese un criado á su disposicion. Quizá comenzaba á medio arrepentirse de haber desdeñado los atractivos de la señorita de Noailles, que no era duquesa de Fronsac mas que de nombre, cuando una noche, al ir á meterse en la cama, entró el gobernador en su cuarto y le dijo:

—Ah! señor duque, cuánto debeis amar al rey!

—Por Cristo, señor de Bernaville,—contestó el jóven duque,—que escogeis mala oportunidad para ese chiste sin gracia.

—Advertid, señor duque, que tengo el honor de hablaros del rey, de la clemencia de S. M., de....

—Hablad, pues, mi querido gobernador. Venis á anunciarme que voy á salir en libertad?

—Algo mejor que eso, señor duque.

—Mejor es imposible, porque nada deseo con mas ansia que salir de aquí.

—Pues bien, saldreis mañana.

—Y por qué no ahora mismo?

—No lo sé; pero la señora duquesa de Fronsac, cuya visita vengo á anunciaros, os lo dirá sin duda.

Estas palabras reanimaron el resentimiento del jóven duque, que columbró el complot, y se reveló de nuevo contra la autoridad real.

—Está aquí la señora duquesa?—preguntó.

—Sí, aquí está, señor duque, é impaciente por venir á echarse en vuestros brazos.

—No olvidéis, señor gobernador, que el rey ha querido que esté yo solo.

—Oh! la señora duquesa trae competente autorizacion.

—Ah! el rey ha autorizado á la señora duquesa para?....

—Sí, señor duque.

—El rey tiene el derecho de hacer lo que le place; mas supuesto que la señora duquesa está obligada á respetar mi voluntad, no entrará aquí, por la sencilla razon de que no se me antoja.

—Ah! señor duque, qué crueldad!

—Hacedme la gracia, señor de Bernaville, de suprimir vuestras lamentaciones.

—Y la señora duquesa?....

—Se volverá por donde ha venido.

Tales palabras importaban una sentencia, y la sentencia fué ejecutada: la señorita de Noailles [pues no habia pasado de señorita], se retiró desesperada.

Negocios de esta clase, insignificantes en sí, se volvian importantes á consecuencia de la intervencion del rey; pero en el que hemos relatado, la ridiculez habia llegado á tal grado, que Luis XIV comprendió que comprometia su dignidad llevándolo adelante, y Fronsac vió abrirse las puertas de su prision.

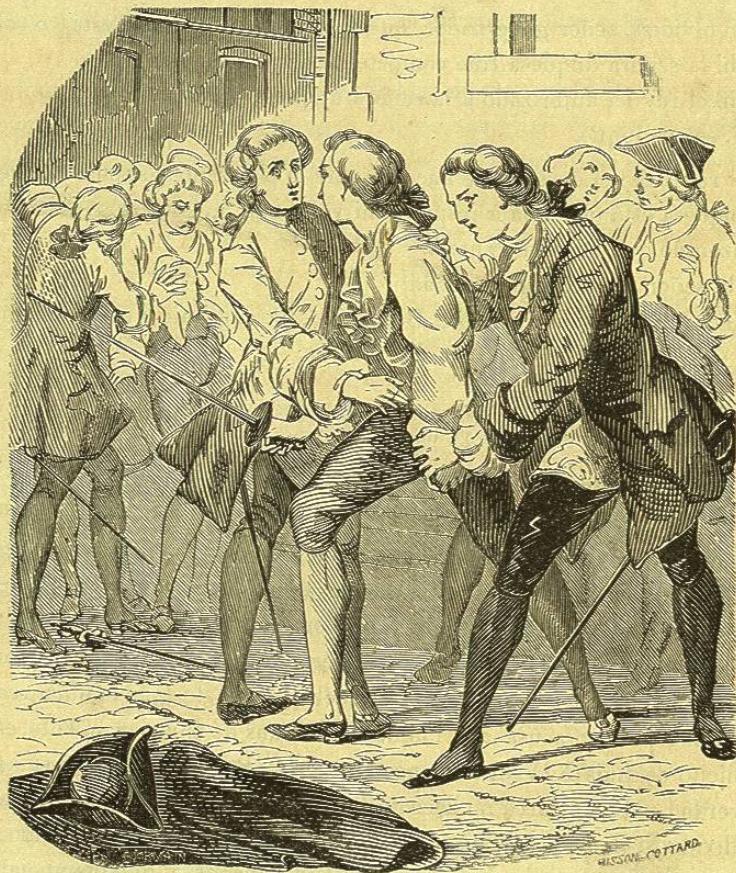
Poco tiempo despues de este suceso se cebó la muerte en la familia real, y como el clamor público acusaba al duque de Orleans de envenenamiento, este príncipe solicitó de Luis XIV que lo encerrara en la Bastilla, mientras se averiguaba la verdad. El monarca no accedió á su peticion; pero sí mandó encarcelar á tres individuos, llamados Mansard, Bellevau y Marchant. El último era un fraile audaz que se acusaba á sí mismo de envenenador, y que denunciaba al regente como cómplice suyo é instigador de sus maldades. Luis XIV murió: los tres presos recobraron su libertad y la verdad quedó sepultada.

Veamos ahora la Bastilla durante la regencia del duque de Orleans, quien lo primero que hizo fué nombrar comisarios encargados de interrogar á los presos encerrados en aquella fortaleza, y de mandar poner en libertad á todos cuantos no reportaran ningun cargo positivo. Pero S. A. R. no habia contado con el honorable gobernador Bernaville, á quien no agradaba ser carcelero de una prision



vacía, y que se dió maña para conservar algunos de sus pensionistas mas productivos.

El fallecimiento del viejo rey se tuvo por un verdadero bien, pues tal es la suerte de los déspotas. Triste y santurrón en los últimos años de ese largo reinado, la corte se precipitó ardiente y apasionada hácia el reinado de la orgía que inauguraba el regente. El pueblo continuó siendo lo que era, bueno y crédulo; pero los grandes tenían que indemnizarse de la hipocresía de su conducta: cada cual tuvo su casita, es decir, su sitio de prostitucion, y el libertinage subió á un grado espantoso.



Un día que el príncipe de Soubise había dado una comida en su casita á algunos grandes señores, amigos suyos, y á varias damas de muy elevada categoría, ébrios ya todos en los postres, se entregaron á actos de depravacion, que ninguna pluma pudiera relatar sin mancharse. Entre los convidados figuraban Richelieu y Mad. de Matignon, la cual se hizo reina de la orgía, y no contenta con los homenajes tributados á sus atractivos por sus compañeros de prostitucion, había solicitado hasta los de los criados reunidos en la ante cámara, y tan borrachos

como sus amos. Segun costumbre, se habia prometido un secreto inviolable; pero lo sabian tantos, que no tardó en ser el de la comedia. Richelieu fué el mas indiscreto de cuantos habian ofrecido callar, y ya por exceso de ligereza, ya por venganza de alguna perfidia de la Matignon, contó en todas partes las hazañas de esta dama, y cómo se habia entregado á los lacayos del príncipe de Soubise. La aventura metió mucho ruido: el conde de Matignon juró matar á Richelieu, y habiéndolo encontrado en el baile de la ópera, en compañía de una dama, dijo á esta en voz alta:

—No lo escucheis, señora, porque es un traidor y un embustero.

—Conde,—replicó Richelieu furioso,—habreis aprendido acaso, como vuestra muger, á vivir en compañía de los lacayos?

Matignon alzó las manos, Richelieu corrió en direccion á la puerta, diciéndole que lo siguiera. Casi todos los hombres que estaban en el baile salieron al mismo tiempo; pero nadie pensó en impedirles que se batieran, por la avidez que aquellas almas gastadas tenían de emociones. Algunos lacayos llegaron con teas, y se formó círculo al rededor de los adversarios, que se encontraban ya con espada en mano.

—Voy á dejaros mudo, impostor,—decía Matignon fuera de sí.

Casi en el propio instante lo hirió Richelieu en el hombro, exclamando:

—Tú lo has querido, Jorge Dandin!

Aunque la herida era de bastante gravedad, el conde continuó cargando á su antagonista con furor, sin que lo detuviera ni una segunda estocada que recibió. Viéndolo Richelieu en aquel estado, quiso romper sin hacerle mas daño; pero en el acto cayó atravesado del pecho.

Mucho se habló del duelo, que llamó la atencion del Parlamento; y el regente, para echar tierra al asunto, metió á los dos heridos á la Bastilla, donde entraron el 4 de Marzo de 1716. Seis meses despues, salieron curados y reconciliados.

Richelieu fué encerrado allí por tercera vez en 1719, y otra vez de resultas de una aventura amorosa. “Tal parecia,” cuenta un escritor de la época, “que el duque de Richelieu habia hechizado á todas las princesas de la sangre, al estremo de que no contando aún mas que veinte años, tenía á tres de ellas por queridas, siendo una la señorita de Valois, (Carlota Aglae) hija del regente, la misma que casó luego con el duque de Módena. Tan enamorada estaba del duque, que cometió mil extravagancias, y á las reconvenciones que por este motivo le hizo su padre, contestó: *Señor, esas son cosas que hubiérais debido decir á mi hermana la duquesa de Berry, en lugar de perderla como habeis hecho!* El regente se puso furioso; y seguro de que el castigo mas severo para su hija sería ponerla en la imposibilidad de ver á su amante, dió orden de encerrar al duque de Richelieu en la Bastilla, lo que se verificó el 28 de Marzo de 1719.”

En esta vez se comprobó la verdad, de que no hay rejas ni cerrojos que no quebrante el amor. La señorita de Valois, informada de la prision de Richelieu, consiguió, no solo entrar en la Bastilla, sino hasta en el cuarto de su adorado



duque. Se asegura que sus visitas valieron cien mil libras al gobernador, que era entonces de Launay.

El regente descubrió todo, y juró que haría cortar la cabeza á Richelieu. Poco faltó para que cumpliera su palabra, pues se acababa de descubrir la conspiracion de Cellamare, y entre los papeles cogidos habia dos cartas del duque á la duquesa du Maine, que comprobaban el participio activo de aquel en el complot. Perdido estaba, si el regente no hubiera sido el hombre mas depravado del reino: á su hija, que le rogaba por obtener la libertad de su amante, propuso un convenio infame, que ella aceptó, y Richelieu salió por tercera vez de la Bastilla. Pocos dias despues, casaba la señorita de Valois con el duque de Módena!

Indignacion causan tanta corrupcion, tan repugnantes suciedades. Per desgracia no hemos acabado todavía la relacion de vilezas semejantes: mas de setenta años debian trascurrir aún ántes de que la cólera del pueblo derribara aquellas altas torres, aquellas negras paredes, y pidiera cuenta de la sangre y de las lágrimas que hicieron derramar allí todos esos dèspotas de pasiones monstruosas.

Justo es confesar, sin embargo, que no se cometieron en la Bastilla, durante la regencia, crímenes tan horribles como los que hemos contado ya, y como los que nos falta que contar todavía.

El primer preso enviado á la Bastilla por el duque de Orleans, fué Voltaire. Muchos escritores afirman que su encarcelamiento provino de una composicion poética, intitulada: *Yo he visto*, sátira en que se enumeraban todos los crímenes, todas las faltas de Luis XIV, sus actos de despotismo, de prodigalidad, de inhumanidad, &c. La aseveracion no es exacta: aunque esa sátira que comenzó á formar la reputacion de Voltaire, desagradó en efecto al regente, y se contentó con desterrar al autor á Tulle. El 5 de Mayo de 1716, consiguió Aróuet, padre de Voltaire, que en vez de ir su hijo á Tulle, fuera á Sully, donde tenia varios parientes. Este destierro, que era sin disputa un acto arbitrario, no era un castigo severo. Irritó con todo en alto grado al jóven poeta, que desde el lugar de su confinacion mandó á Versalles infinitos epigramas, los cuales llegaron á su destino, y un dia que le preguntaban qué le habia hecho el duque de Orleans, para estar tan enojado en su contra, respondió:

—Ese pícaro de siete suelas se ha enfadado conmigo, porque he puesto en verso los primores que hace su . . . hija, la duquesa de Berry.

Este dicho llegó á oídos del regente, que dió orden de encarcelar al loco jóven. El primer cautiverio de Voltaire duró desde el 17 de Mayo de 1717, hasta el 11 de Abril de 1718, y fué bastante suave. Se le puso en compañía del abate Lenglet du Fresnoy, que si no hacia versos, componia memorias voluminosas, en las que relatava todas las dilapidaciones, todas las esacciones de los ministros. Lenglet estuvo preso cinco veces en la Bastilla y una en Vincennes, en el espacio de treinta y dos años. Encerrado por uno de sus libros, hacia otro durante su detencion, y lo publicaba en cuanto se le ponía en libertad, de suerte que volvia á la cárcel cuando apenas acababa de salir de ella. Habia contraído

ya esta costumbre, y luego que llegaba á su casa el encargado de prenderlo, le decia sin esperar siquiera que le manifestara el objeto de su visita:

—Bien, bien, ya sé á lo que venís: dadme tiempo solamente para sacar ropa blanca y tabaco.

Provisto de ambas cosas, salian los dos para la Bastilla, platicando como viejos amigos.

Mientras el abate escribia sus largos libros, Voltaire comenzaba la *Enriada*, pues á pesar de que lo trataban bastante bien, ansiaba por salir de tan triste mansion, y esperaba que los primeros cantos de su poema le servirian para alcanzar su indulto. Así sucedió en efecto; el regente, no obstante sus defectos y sus vicios, sabia apreciar el mérito del poeta, y creyéndose suficientemente vengado con once meses de encierro, no solamente devolvió la libertad al jóven escritor, sino que le señaló por vía de indemnizacion una pension de dos mil libras. Voltaire le fué á dar las gracias.

—Monseñor,—le dijo,—agradezco á V. A. que se digne encargarse de mi manutencion y alimentos; pero le suplico que no vuelva á ocuparse de mi habitacion.

—No debeis quejaros de un lugar en que habeis tenido tan grandiosas inspiraciones,—le contestó el duque de Orleans.

Voltaire de todos modos se proponia no dar lugar en lo sucesivo á que lo pusieran preso de nuevo, sin embargo de lo cual se verificó así ocho años despues, por haber hecho un epigrama contra el caballero de Rohan-Chabot, quien consideró que podia obrar á su antojo con un plebeyo, y dió lisa y llanamente á seis de sus criados la orden de esperar á Voltaire á la puerta de su casa, y de molerlo á palos. El poeta escapó de los asesinos y se dirigió á Versalles, donde se encontraba el caballero, á quien envió un cartel de desafio. Rohan, para quien era mas sencillo mandar apalear que batirse con un hombre de valor, llevó la provocacion escrita al ministro del Departamento de Paris, y Voltaire fué aprehendido por segunda vez, y llevado á la Bastilla el 28 de Marzo de 1726.

En esta ocasion no hizo versos el poeta, sino que se apresuró á escribir un memorial justificativo que dirigió al ministro.

“Hago presente con la mayor humildad,” decia en esta vindicacion, “que el valiente caballero de Rohan me mandó asesinar, valiéndose de seis espadachines, tras de los cuales se habia apostado atrevidamente. Desde entonces he procurado siempre volver, no por mi honor, sino por el suyo, lo que era muy difícil.”

Esta prosa produjo el mismo efecto que los versos de la *Henriada*, y Voltaire recobró la libertad, despues de un cautiverio de treinta y dos dias.

Hemos dicho ya, al referir la tercera prision del duque de Richelieu, que estaba inodado en la conspiracion de Cellamare, y á qué precio lo habia sacado del paso la señorita de Valois. Esa conspiracion, encaminada á derribar al duque de Orleans, para investir de la regencia al rey de España Felipe V, era obra de



la duquesa du Maine. El número de los conspiradores era considerable: hubo en ese negocio ciento cuarenta y ocho acusados: veinte fueron sentenciados á muerte: cuatro perecieron en el cadalso y los diez y seis restantes fueron ejecutados en efigie. Muchos de los que no salieron condenados á la última pena, expiaron en la Bastilla los enfados y las inquietudes que el complot habia causado al regente. Sin embargo, el cautiverio no fué cruel: los placeres de la mesa les eran permitidos, y el amor no carecía de atractivos, no obstante los cerrojos. Todos los presos por el motivo espresado recibían visitas, y habia, ya en un cuarto, ya en otro, cenas que solían durar hasta el amanecer, lo que dió lugar á que un dia, al llegar el superintendente de policía d'Argenson muy de mañana, para interrogar al abate Brigault, que era uno de los conspiradores, lo encontrara sentado á la mesa en compañía de una seductora jóven, que habia ido á consolarlo, del caballero Dumesnil y de la señorita de Launay, querida de éste, presa como él y por la misma causa.

—Cómo, señor abate,—esclamó d'Argenson, viendo los restos de un capon asado,—carne en viérnes!

—Verdad es que hoy es viérnes,—respondió el abate;—pero os juro que nos comimos el capon ántes de las doce de la noche.

—Segun eso, la habeis pasado en la mesa.

—Qué quereis? El cautiverio es cosa tan pesada, que debe ser permitido alegrarlo un poco.

—El cautiverio es horrible!—agregó el caballero, que acababa de pararse, y que casi no podia tenerse en pié.

—En efecto, caballero,—replicó el superintendente de policía,—parece que sufrís cruelmente.

El abate, que habia contestado con bastante serenidad, estaba sin embargo extraordinariamente *commovido*: la señorita de Launay no ménos, y la linda visita se tapaba con su pañuelo el rostro, que tenia muy encendido, aunque por causa bien diversa del pudor ó la timidez. D'Argenson advirtió que era necesario diferir el interrogatorio para otro dia, y se retiró, invitando á los presos á no cenar en lo sucesivo tan de mañana. Pocas horas despues contaba la aventura al regente, que se parecia de risa.

Es palpable que la Bastilla no era ya la del gran rey, si bien el cautiverio, en la época á que hemos llegado, no era igualmente suave para todos los presos, habiendo aún víctimas que pasaban su vida en la agonía de la desesperacion. Citaremos entre ellas á un estudiante de la Universidad de Paris, aprehendido y encerrado en la Bastilla en Marzo de 1727, y que no salió hasta en 1774, despues de la muerte de Luis XV. Cerca de cuarenta y ocho años pasó en la *cachucha* de una de las torres, sin llegar á saber el motivo de su detencion. Lo mismo que el desventurado Armet, cuya historia hemos referido, se encontró con que sus padres habian muerto y sus bienes pasado á otras manos; y tambien como

Armet solicitó volver á su prision á fin de no morir de hambre: pero le fué denegado este favor.

Habia tambien de cuando en cuando refinamiento de crueldad, y entónces todo el personal de los carceleros, llaveros, &c., desplegaba un rigor escesivo. Ay del que se compadecia de los presos! en el acto se le aplicaban los mas severos castigos, como sucedió con un tal Ramon Fournier, cirujano-boticario de la Bastilla, á quien se metió en un calabozo, en el que permaneció tres meses, *por haber manifestado* (segun el registro de entradas) *demasiada humanidad en favor de los presos.*

Pero nos acercamos ya al periodo en que la Bastilla debia volver á su estado normal, es decir, á convertirse de nuevo en un infierno, en el que las lágrimas y la sangre iban á correr sobre sus losas, ó á perderse en el fango de sus calabozos. Hagamos alto y respirémos.

## XII.

Los tembloros.—Latude en casa de Mad. de Pompadour.—Latude en la Bastilla.—Evasion de Latude y de Alègre.

Apénas entró Luis XV en su mayor edad, cuando poblaron la Bastilla presos de nueva especie, ó sea locos religiosos, asaz inofensivos, á quienes se hubiera debido meter en hospitales de dementes, y cuya enfermedad se aumentó con la persecucion. Hé aquí en compendio la historia de esas pobres gentes, que hubieran debido inspirar mas compasion que cólera.

En 1727 murió en Paris, en la calle de los Borgoñones, un diácono llamado Páris, que pasaba por santo entre los jansenistas. Era el hijo mayor de un consejero del parlamento de la capital, y su austera devocion era conocida de todos. Habia pasado diez años enteros sin comulgar, no considerándose bastante digno de recibir á su Dios, y por el propio motivo habia esquivado el orden sacerdotal. Se confesó y comulgó la víspera de su muerte, acaecida el 1.º de Mayo, á los treinta y seis años diez meses de su edad.

El siguiente dia 2 invadió su casa un sinnúmero de devotos, que tenían el mas decidido empeño en poseer algo que hubiera tocado el cadáver de aquel bien-